

Cuerpo a cuerpo, de Eugenio FUENTES,
Barcelona, Tusquets Eds., 2007

LETRA A LETRA. EUGENIO FUENTES Y EL GÉNERO NEGRO CUERPO A CUERPO

El género negro parece haberse revestido de un aura dorada. Ventas millonarias, reconocimiento de los autores, pugna por los puestos en las listas con las novelas fantásticas y las conspiraciones apocalípticas... el thriller policíaco asiste a un renacimiento que va más allá del deseo del lector por buscar un entretenimiento fácil y una lectura sin complejos intelectuales: el género parece haberse legitimado y no es únicamente sinónimo de pasajero best-seller, ya que como observara certeramente la escritora norteamericana afincada en Venecia, Donna Leon, lo novela negra ya no se dedica sólo a averiguar quién mató al Lord con una daga.

En un espacio literario donde no parece haber sitio para la novela social y la costumbrista tal y como las entendíamos, el género policíaco aborda en sus páginas una reflexión acerada acerca de la sociedad actual convirtiéndose en el escarpelo con el que se practica la autopsia a este cadáver un tanto putrefacto del mundo en el que vivimos. El autor de novela negra se convierte así en un observador privilegiado que no sólo se dedica a desentrañar misterios mejor o peor propuestos y resueltos por una mente analítica y conaldoliana, sino que aprovecha un esquema manido, conocido y apreciado por el gran público para establecer sus reflexiones sobre aspectos controvertidos de la realidad. El género menor que servía como entretenimiento y que se compraba en ediciones de bolsillo escandalosamente mal traducidas como en el caso de inefable Agatha Christie, parece haber alcanzado una madurez avalada por público y crítica.

Sin la densidad reflexiva del género ensayístico, con la rapidez que otorgan los hechos encadenados, los diálogos raudos y en muchos casos tremendamente sarcásticos –el vitriolo mejor manejado es el de la protagonista femenina de las novelas policíacas de Alicia Giménez Barlett, Petra Delicado, cuyo apellido no se corresponde con sus malhumoradas, certeras y políticamente incorrectas réplicas contundentes como disparos- con el reflejo casi periodístico de la actualidad y la mayor o menor pericia del autor para sostener el interés por la trama, el género negro tiene todos los ingredientes para reinventarse y convertirse en un arma arrojada contra una sociedad a la que observa deteniéndose en sus aspectos más sórdidos. En este espacio donde se desdibujan los límites entre los géneros, la novela policíaca comparte rasgos del ensayo, el periodismo, la crónica, el discurso del compromiso social, la narración costumbrista dedicada mostrar fotográficamente el espacio y todo manteniendo a su vez el esquema deductivo e inductivo cuyo tempo, sin variaciones, está impreso de forma indeleble en la mente del lector.

Original, reinventado y exitoso, el género negro tiene vocación de permanencia y continuidad. Obliga prácticamente al autor a seguir sus propios estambres. Cuando Dona Leon, espoleada por el comentario sarcástico de un amigo acerca del «asesinato» del director de orquesta Von Karajan, imaginó a su comisario Brunetti perdido entre las bambalinas de la ópera, sabía como lectora del género que tendría que continuar la saga que ya cuenta con más de quince títulos. Para Heinnich Mankell, Wallander se ha convertido en una sombra cotidiana que circula por el sur de Suecia como presencia constante. Si Petra Delicado está indisolublemente unida a la escritura de su creadora, Giménez Barlett, podemos deducir que el género negro establece sus férreas normas y sitúa a sus autores en la obligación de continuar la serie, respetar las constantes, ser fieles a los personajes que les han dado reconocimiento y alimentar la máquina editorial que pide, exige, nuevos títulos.

La práctica de la nueva modalidad discursiva del género, independientemente de sus servidumbres editoriales y de su éxito efímero en algunos casos, se convierte en terreno fértil para nuevos autores con visiones muy diversas de la realidad y de la escritura en clave policíaca. En ese terreno virgen y desconocido, proclive a la novedad y deudor de la tradición se situaría el autor extremeño Eugenio Fuentes, ampliamente reconocido como reinventor del thriller negro en España, capaz de dar una nueva dimensión a unos esquemas narrativos perfectamente establecidos que respeta y a la vez pervierte y subvierte en sus novelas. Partícipe y beneficiario de una situación en la que se prestigia el género a la vez que se abre a nuevas propuestas discursivas, Fuentes aprovecha la coyuntura y se sitúa como un autor capaz de recrear un género que practica a la perfección: su cuidado respeto a la normas de la verosimilitud de lo policíaco, su manejo de coartadas, miserias y aparatajes deductivos han dado lugar a un personaje arquetípico del género, el detective Ricardo Cupido, que, sin embargo, se mueve en la novedosa, original, magnífica prosa reflexiva de un autor que va más allá de las convenciones del mismo.

Independientemente de Cupido, incluso a pesar de Cupido, Fuentes es un narrador virtuoso de prosa densa, reflexión pausada y excelente manejo del idioma cuyos títulos pueden quedar eclipsados por el éxito arrollador de su personaje. Autor de un libro de cuentos *Vías muertas* (1997), un libro de ensayos literarios *La mitad de Occidente* (2003) y la novela *Venas de nieve* (2005), la prosa de Fuentes merece, como la de Alicia Giménez Barlet, una detención mesurada por parte de un lector excesivamente fascinado por las novelas protagonizadas por un serio, pesimista, reflexivo y observador detective privado quien a ratos nos recuerda al escéptico, descreído y agotado protagonista de Mankell, un testigo certero salido de las referencias a la obra de Simenon. Cupido es un hallazgo que parece rendir tributo al silencioso investigador canónico sin perder un ápice de su trazado original. Aparentemente deudor de la onomástica evocadora que practican el autor y Barlet ¿Hay algo más irónico que ese «delicado» de Petra y ese apellido felicísimo de Garzón, su veterano subalterno? Cupido debes u inefable apellido a la alcaldesa de un pueblo cercano a Mérida, circunstancia que en su momento fascinó al autor hasta el punto de tomarlo para practicar una broma etimológica. El Ricardo Corazón de León convertido en detective privado, trabajo cuanto menos exótico, nació de la narración iniciática *Las batallas de Breda*, un bildungsroman que nos recuerda los años dedicados a la enseñanza de Fuentes, quien escribió en 1987 las andanzas de un grupo de chavales entre los que se encontraba el germen de su personaje. Deseoso de individualizar autor le situó en Breda, la ciudad que nos remite al cuadro y que fundara, en la imaginación Fuentes un soldado que peleó en Flandes y quien construyó una casona en la que aparece una copia del cuadro que observan los chicos protagonistas de la novela de iniciación en la que se inaugura la trayectoria narrativa de Cupido. Urdido su imaginario: una ciudad provinciana que crece sin dejar a un lado definitivamente su carácter rural, un hombre con pasado dedicado a la ingrata tarea de resolver misterios y un interlocutor a la manera de Vázquez Montalbán, adláter que ejerce de ayudante, amanuense –el guarda los documentos y los cuadernos que corresponden a cada caso– y sobre todo, constituye la versión discursiva del detective. Biscuter es el reflejo de la reflexión de Carvallo, el Alcalino de Cupido constituye su mitad insoslayable ¿Con quién discute el caso el Brunetti de Lean? Con su esposa, con sus compañeros policías, los mismos que consiguen que el Valander de Mankell no sea un absoluto outsider. n hombre marcado por la soledad y la depresión, algo que comparte en cierto modo un desencantado Cupido, quien al finalizar con éxito su último caso en *Cuerpo a cuerpo* (2007) le confía al Alcalino las más negras certezas sobre su profesión: Lo malo de las victorias en su trabajo era que siempre las lograba con alguien herido cuyo dolor empañaba el triunfo t na . trabajo que, según él, En este oficio el trabajo no se termina nunca. Descreído, escéptico y pesimista como se espera de un hombre que trabaja con las miserias de otros, Cupido sin embargo mantiene firme su sensibilidad agudísima, su empatía con las víctimas y su profunda comprensión del mundo que le rodea.

Tan importante para el autor como su inefable protagonista, el entorno en las novelas Fuentes tiene una importancia capital. La lente del narrador no está focalizada en su atractivo personaje, sino que constituye un gran angular en el que caben los aparentemente secundarios un paisaje con fortísima presencia. En la primera novela del detective como tal, *El interior bosque* de 1999, la narración se centra en la primera víctima del asesinato, una mujer joven muerta en el corazón de una reserva natural que fascina a Cupido hasta el punto de enamorarse de ella. Sumido en las umbrías del paisaje, la obra resulta una tragedia griega envuelta en las brumas de un silencioso escenario de vida y de muerte cuyo carácter salvaje se contagia a los hombres que intentan domesticarlo convirtiéndolo en reserva. Tragedia cercana vagamente esquema policiaco, la obra nos sitúa en lo que será el marco personal de la prosa de Fuentes. un autor de thriller capaz de sobrepasar el género y reflexionar sobre la naturaleza humana naturaleza en sí enfrentada al hombre.

El paisaje de Fuentes, rico, salvaje, cercano y a la vez virgen y misterioso, se puede extrapolar al paisaje extremeño del que es oriundo el autor. Un paisaje desconocido en la Extremadura unánimemente declarada «seca» que esconde rincones de gran belleza y variedad. Nacido en Montehermoso, en el norte de la Cáceres húmeda y montañosa, Fuentes se crió ante las cumbres nevadas de Gredos y los bosques de una naturaleza feraz cuyo influjo en él hombre sigue siendo misterioso. El mundo que se urbaniza y al mismo tiempo continúa cercano a naturaleza virgen, es el escenario original y propio de Fuentes, quien sin nombrarlo, nos remite al norte de Cáceres y a su desconocida riqueza natural, cinéptica y fantástica. Un paisaje que, en *Las manos del pianista* de 2003, se aleja de la ciudad provinciana, esa ciudad en forma de paloma que es una constante en la prosa de Fuentes, espacio que se urbaniza de forma desmesurada, situando a los hombres en la órbita de la codicia y del asesinato. Para el autor, la reflexión sobre esta generación de transición que no puede volver a los modos tradicionales que vivió en la niñez y que ahora está inmersa en la ciudad que crece desahoradamente y donde habitan sus hijos plenamente urbanitas, es la clave de muchas de sus páginas más sobresalientes. Cupido, instrumento preciso de esta reflexión es el hombre apegado al pasado, capaz de vivir el presente, disfrutar de la naturaleza de forma urbana –es un consumado ciclista– enfrentado a los cambios y a los paisajes que, para Fuentes, condicionan al individuo. Situado en el bosque, su primer libro es clave para entender su visión del paisaje, enfrentado a la enseñanza en *La sangre de los ángeles*, el detective se sirve de la experiencia docente del autor para urdir una trama magistral de tragedias cotidianas. De nuevo enfocado a la ciudad y al paisaje salvajemente urbanizado, *Las manos del pianista* recobra la ciudad de Breda y se convierte, desde la editorial Tusquets, en un éxito masivo de público. Familiarizados con las constantes de la serie de Cupido el lector se sorprende con *Cuerpo a Cuerpo* ante un detective que se va de vacaciones a la ciudad costera siguiendo los pasos de su madre pensionista.

La novela nos sitúa de nuevo en la órbita de los imprescindibles secundarios de Fuentes, personajes cotidianos sujetos a sus deseos, al azar y la fatalidad.

Situada en el ámbito del mundo militar, le sirve como coartada para reflexionar sobre el cambio al que inexorablemente se enfrentan los cuarteles. De nuevo, la onomástica evocadora funciona como un mecanismo identificador del autor, el viejo cuartel a punto de cerrarse se llama «San Marcial», el anciano militar se apellida «Castroviejo» y Cupido, obligado a recordar su propia poco entusiasta periodo de mili, se siente inmerso en una situación que va más allá de la resolución de un asesinato. Como en el resto de las novelas de Fuentes, la muerte no es más que una excusa para detenerse en la reflexión sobre lo humano y sus consecuencias. A la manera de Simenon, su autor preferido, se prefigura con ellas una acumulación que supone un retrato de la provincia, un barómetro costumbrista que analiza un observador compasivo. Porque una de las características de Cupido que pronto aprende el lector de la serie es que se trata de un detective capaz de sentir empatía por las debilidades de todos los actantes que constituyen la trama. Fuentes, que ejerce la escritura de su serie como un recorrido libre acerca de los temas que más le preocupan siguiendo un impulso personal que no supone una atadura, es un observador certero y solidario de la realidad más próxima que extrae para el lector de forma reflexiva, pausada, llena de sentido común, verosimilitud y coherencia. Características que hacen de la serie de Cupido una curiosa excepción en la literatura policíaca al uso y que nos llevan más allá de las manidas constantes del género, un género vilificado por la originalidad de un autor al que de ninguna manera podríamos circunscribir a lo provinciano, y mucho menos a lo no nombrado como «extremeño». Desde la particularidad cercana de los personajes, ambientes y naturalezas vivas y muertas de Fuentes, lo universal se asoma a un género reinventado, asequible para el lector y proclive a la digresión discursiva tan necesaria en estos tiempos. Tiempos en los que la normalidad aparente, diaria, esconde una secreta red de fatalidades, engaños y tragedias personales. Tiempos para consignar de múltiples formas, tiempos de prosas necesarias, como las de Eugenio Fuentes.